

Vidas de monjas mexicanas

Durante el siglo XVII y buena parte del XVIII, las manifestaciones literarias en México echaban mano del estilo barroco imperante que impuso sus características a todas las obras religiosas: fervorines, discursos, muchas alegorías y montones de versos. Por decretos reales dictados los años 1532 y 1543 se prohibían las novelas que curiosamente tenían un público cautivo entre las mujeres, entusiastas lectoras de aventuras caballerescas y pastoriles; pero estaba en boga otro género, un género de vago aliento novelesco: las biografías ejemplares de personas fervorosamente devotas cuyas peripecias pintan una época e iluminan el desarrollo de la mística en América Hispánica y su enorme influencia cultural y social, vidas de monjas que abrazaban su vocación de manera apasionada y conmovedora dejándonos sus elocuentes testimonios.

Los archivos y bibliotecas especializados en la Colonia guardan un número considerable de *Vidas de beatas*¹ y religiosas mexicanas escritas casi todas por sus confesores. A manera de ejemplos podrían citarse la de la venerable madre María Antonia de San Jacinto (1689), que fray José Gómez dio a conocer y editaron los herederos de la viuda de Bernardo Calderón; la de Ana Guerra de Jesús redactada por el padre Antonio de Siria, Guatemala, 1716; la de sor Antonia de la Madre de Dios, con un pie de imprenta de la viuda de don Joseph Bernardo Hogal, 1747; la de la venerable madre Michaela de la Purificación, impresa en Puebla por la viuda de Miguel Ortega y Bonilla, 1755; la de la venerable María Águeda de San Ignacio que José Bellido publicó en la Biblioteca Mexicana, 1758, costeadada por el obispo de Puebla, fray Domingo Álvarez de Abreu. Los escritos inéditos de sor Serafina de la S. S. Trinidad se caligrafiaron a pedido de sus padres espirituales para que su placidez y docilidad sirviera de modelo a sus hermanas de religión; pero una serie de cartas destinadas a su director descubrieron que sor Serafina se entregaba a la desesperación con facilidad y que su existencia era una especie de péndulo oscilante entre la zozobra y la paz angélica; en cambio, sor

María Marcela, 1848, disfrutaba la placidez de los bienaventurados en su convento capuchino de Querétaro. Francisco de Florencia, S. J. dedicó unas páginas de su *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España* a encomiar la virtud inquebrantable de una india michoacana, y don Fernando de Córdoba y Bocanegra refirió las bondades de otra indígena llamada Juana de San Jerónimo.

Los jesuitas fueron particularmente aficionados a la difusión de estas *Vidas* y a la de cartas edificantes que se popularizaron mucho y sirvieron como textos en colegios, conventos y escuelas. Probaban que algunos seres excepcionales resistían martirios terribles y sufrimientos atroces con tal de purificar sus almas. La mayoría de estos escritos presentan grandes semejanzas, al punto de que determinados pasajes aparecen de documento a documento, porque eran parte de un proceso místico y respondían a una misma manera de entender el catolicismo y la permanencia del hombre sobre la tierra. Se creía en Dios y contravenir los dogmas implicaba oponerse a verdades absolutas y a la autoridad de la Iglesia. Se admiraban los mismos patrones estéticos; las representaciones del Paraíso eran los camarines de la Virgen, con el Espíritu Santo en la bóveda, las nervaduras de argamasa cubriendo los ámbitos del recinto y los retablos guarnecidos con láminas de oro. Los grandes pintores retrataban santos aureolados de rostros macilentos y carnes magras, transfigurados en mártires que padecieron por su fe. La Inquisición unificaba las opiniones, sembraba el temor y se había vuelto un instrumento político que ayudaba a conservar la unidad del Estado, pues los inquisidores, curas, maestros, alcaldes o caballeros, "trabajaban por la represión espiritual de los demás y en cierta forma por la propia"². El Santo Oficio convertía a muchos en delatores de sí mismos, pensando que acumulaban indulgencias contra sus pecados, y amordazaba a las monjas, que a la hora de explicar sus experiencias por escrito andaban con pies de plomo, temerosas de que las consideraran heréticas o alumbradas.

Un sistema de mayorazgos beneficiaba a los primogénitos con títulos y haciendas y, finalmente, los convencionalismos

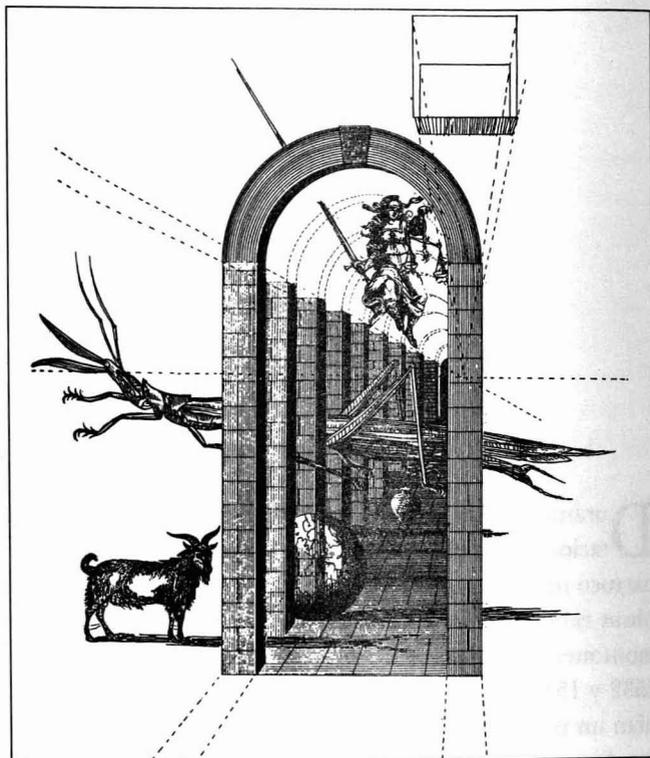
¹ Se daba nombre de beatas a las mujeres que sin ser monjas vestían hábito de una orden tercera, ya fuera San Francisco, Santo Domingo o el Carmelo, y llevaban vida piadosa y ejemplar.

² Pablo González Casanova, *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*, México, SEP, 1986, p. 119.

vigentes abrían sus garfios para impedir que nadie los desafiara, y las mujeres menos que nadie, restringidas como estaban a una escolaridad muy deficiente. Los conocimientos y la diversidad de materias se reducían al aprendizaje del catecismo, las primeras letras, dos o tres operaciones matemáticas (sumas, restas, quebrados), labores de mano y cocina. Y en el mejor de los casos a nociones musicales. Los conventos excusaban el pago de la dote a quienes leían música, y se sabe que destacaron en la materia María Inés de la Cruz, del Convento de Jesús María, a quien se refirió Carlos de Sigüenza y Góngora en su *Parayso occidental*, que tal vez inspiró a sor Juana para elegir el complemento de su nombre; la propia sor Juana Inés de la Cruz, docta en tales asuntos y autora de un tratado, *El caracol*; Petra de San Francisco, fundadora del Convento de Corpus Christi, destinado a indias, y muchas cantoras de las que no se conserva memoria que con sus voces de soprano proporcionaron placeres celestiales a sus contemporáneos.

La docencia constituía otra tarea remunerativa; pero había pocas maestras debido en parte a su módico saber. En su respuesta a sor Filotea de la Cruz, sor Juana pugnaba (marzo de 1691) porque ancianas doctas en letras y de sana conversación y costumbres educaran a las jóvenes, y sólo encontraba el ligero inconveniente de que no hubiera esas ancianas. Quedaba el recurso de aplicarse a las artes culinarias siguiendo los consejos de Juan Luis Vives y de fray Jerónimo de Mendieta. Así, para ganarse las voluntades de sus parientes y amigos, las mujeres se acaloraban frente a los fogones y echaban a volar su imaginación inventando ates, dulces de piñones, empanadas de almendra que se deshacían al morderlas, caldos reconfortantes, rompopes, moles de todos colores y un sin fin de suculencias. O procuraban sustentarse elaborando primores a mano, servilletas rejilladas, manteles tejidos, cajitas, encajes, bolsas de chaquira, enaguas encañonadas, gobelinos dignos de un museo, que exigían horas de paciente ejercicio y se vendían en cualquier cosa. Muchas monjas fueron bordadoras notables —como lo prueban los ornamentos del culto que han resistido el paso de los siglos y que se conservan en los museos— y aceptaban encargos a cambio de dinero o a cambio de que su lejano esposo las mirara dulcemente. Con sus agujas y sus hilos de oro y plata dibujaban pájaros remontándose hacia el infinito, cálices repujados, uvas pesadas, nidos llenos de polluelos, flores maravillosas en paños de altares, capas pluviales o mitras, esplendor de las ceremonias litúrgicas y orgullo de su comunidad.

Por todo lo anterior, para las mujeres las posibilidades dignas de ser aceptadas como un proyecto de vida se reducían a dos: el matrimonio o la entrada al convento, palacios cada vez más numerosos y más ricos que los que habitaban los frailes. Su extensión resultaba fantástica lo mismo que sus tesoros. Los techos y las vigas estaban dorados, los muebles eran taraceados; las gradas de madera del Brasil. Columnas de mármol ornamentaban parte de los altares, los tabernáculos recamados de piedras preciosas valían sumas



considerables, las paredes se cubrían de óleos y de murales al fresco. Ocasionalmente servían de asilo para lisiadas y enfermas como doña María de los Dolores Mora (1651-1728), mística célebre, ciega y epiléptica, que —gracias a las gestiones de un sacerdote hermano suyo— entró a San Lorenzo como seglar y profesó moribunda a los setenta y siete años por dispensa del arzobispo José Lanciego y Eguílez.

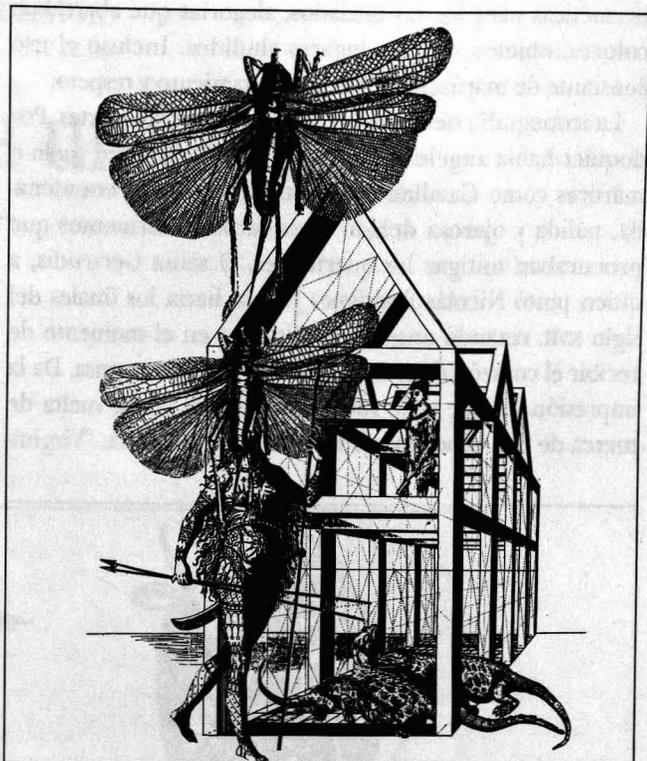
Además, convertirse en monja solía ser consecuencia de una educación muy religiosa. En México, Perú, Guatemala, Nueva Granada, entraban juntas al claustro hermanas y primas, y tal fue el caso de las hijas de los Marqueses de la Laguna y Casa Jara que ingresaron a Santa Clara del Cuzco. Un buen número de novicias tenían parientes en los monasterios o en el clero secular, lo cual era visto como una distinción social, dadas las condiciones impuestas por las diversas órdenes. Se aceptaba únicamente a las mejores candidatas, y éstas demostraban su limpieza de sangre, lo cual en España consistía en asegurar que ni ella ni su familia habían desempeñado nunca oficios humildes o merecido investigaciones de la Inquisición y que, como buenos cristianos viejos, ni en las ramas más lejanas de su árbol genealógico existían moros o judíos. En América se prestaba mayor importancia a la legitimidad del nacimiento y a la búsqueda de antecedentes indígenas que descalificarían a las pretendientes. La exención del requisito podía obtenerse mediante breves resoluciones apostólicas, pero no se recurría a ellas frecuentemente.

Al no tener acceso a las universidades, puertas abiertas al mundo, la toma de velo constituía un modo de resolver problemas de diversa índole. Por ejemplo, La Marquesa de Selva Nevada, en el pliego que buscaba licencia real para abrir un convento en Querétaro, sustentaba las conveniencias sociales de su petición argumentando entre otras cosas

que una pareja de prole numerosa podía enclaustrar a dos de sus hijas y darle oportunidad de mejores casamientos a las restantes. Y la ceremonia del noviciado se convirtió en un acto social importantísimo para la familia, rasero que medía una opulencia demostrada en el vestido y las joyas de la postulante, el sermón del predicador, la excelencia en la interpretación de los motetes y los salmos, los arreglos del templo y el buffet servido a la concurrencia.

Bajo la fuerza de estas circunstancias, engalanadas y solemnes, muchas jóvenes pedían su ingreso, ilusionadas con la idea de darles gusto a sus padres; otras, menos felices, lo hacían porque no contaban con una dote matrimonial o con solicitantes a su mano, porque algunos tíos ricos les asignaban bienes de fortuna si vestían hábitos y las desheredaban si permanecían en el siglo. Abundaban quienes deseaban salirse al cabo del periodo de uno a tres años que duraba el noviciado y quienes profesaban desgadamente. Ello queda claro en textos de diversa índole, como la *Práctica de confesores de monjas*, 1708, dispuesta por el R. P. Andrés de Borda (franciscano, doctor en teología dos veces jubilado, catedrático de la Real Universidad), en que, apoyado por el artificio retórico del diálogo platónico, resolvía dudas que le planteaban las monjas clarisas de su orden. Le preguntaban si era pecado vender esclavas, dudar de que fuera causa de condenación eterna desatender un poco la regla conventual, resistirse a poner en manos de la prelada —conforme lo mandaban los estatutos— las dádivas y regalos que les hacían sus familiares y amigos, hasta qué torres y azoteas del edificio llegaba la clausura y otros múltiples cuestionamientos banales que demostraban falta de devoción.

Aun cuando la literatura preceptiva, los sermones del tiempo, los panegíricos y las mismas cartas edificantes contienen normas de conducta aplicables a todo el género femenino, incluyendo a las religiosas, en el México colonial no se publicó ni una sola obra sobre educación; sin embargo, las monjas constituían el grupo de mujeres más ilustrado. Casi todas sabían leer y escribir y entendían el suficiente latín para el seguimiento puntual de misas y oraciones; aparte, las prácticas comunitarias exigían la lectura de libros ejemplares. Obras de Juan de los Ángeles, fray Luis de Granada, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola. *La escala espiritual* del contemplativo Juan Clímaco (526-616), que se tradujo en Nueva España antes de que fray Luis de León la tradujera en Europa, la *Vida* de Teresa de Ávila o *La mística ciudad de Dios* de María de Jesús Ágreda, que alcanzó numerosas ediciones y una difusión enorme en cuanto colegio, recogimiento, convento o beaterío hubo en las colonias. Llegaba a lugares apartados como Guatemala, donde la leyó, con gran provecho para su evolución espiritual, la beata Ana Guerra de Jesús (1639-1714). Se devoraban también las *Vidas* de santa Rosa, santa Bárbara, santa Magdalena de Pazzi y de otras muchas. Abundaban las *Meditaciones*. Circulaban unos ejercicios divinos revelados al venerable Nicolás Eschio, referidos por Laurentis Secrius (1522-1578) y traducidos del latín a la lengua vulgar y explicados por fray



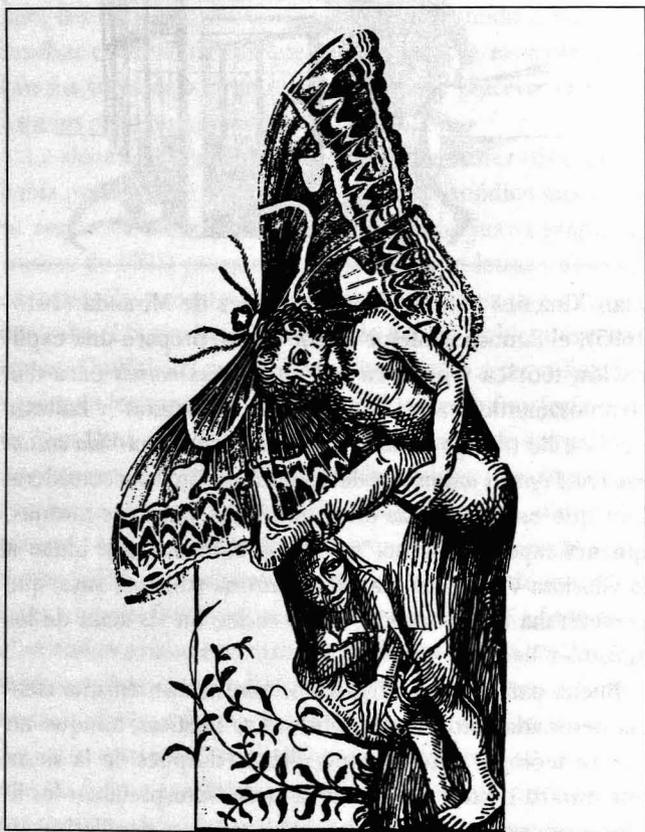
Juan Ximenes en 1690. Antonio Núñez de Miranda (1618-1695), el famoso confesor de sor Juana, preparó una explicación teórica y práctica del *Contempus mundi* para dar “frutuosamente gracias a la frecuente comunión” y Baltasar del Castillo tradujo al castellano y mexicano una *Vida cristiana*. Las *Reglas y ordenanzas* de las distintas órdenes consideraban que estas lecturas eran benéficas para sus monjas, quienes experimentaban “sus frutos, cuidadosas de imitar a la Gloriosa Virgen sin mancilla, Patrona y Señora suya, que perseveraba en la oración, como se lee en las actas de los apóstoles”³.

Buena parte de las religiosas se adentraban en una ciencia destinada sólo a los hombres. Las místicas, aunque no fueran teólogas propiamente dichas, después de la siesta que duraba de tres a cinco de la tarde, interpretaban los libros espirituales a la hora de labores y, así, se familiarizaban con la teología, respuesta a todas las preguntas, escala del universo hacia la mente divina de la cual nace todo. Encontraban el sentido de sus visiones en sus conocimientos teológicos, que robustecían contemplando los retablos ante los cuales rezaban, ricos en representaciones simbólicas: pelícanos que se desangran el pecho para formar con sus plumas el nido de sus polluelos y parabolizan el amor de Cristo al género humano, imágenes del Padre Eterno sosteniendo el mundo en sus manos. Convencidas de que no se mueve la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios, agradecían que las hubiera escogido por esposas, consideraban un privilegio ser católicas y —de acuerdo a los conceptos barrocos establecidos— procuraban volver visible lo invisible y al relatarlos su camino de perfección se apoyaban en alegorías

³ *Reglas y ordenanzas de las monjas de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen Nuestra Señora*, México, 1758, p. 42

herméticas para los no iniciados, alegorías que abarcaban colores, objetos, fechas, lugares aludidos. Incluso el uso constante de mayúsculas indicaba acatamiento y respeto.

La iconografía de la época fomentaba sus transportes. Por doquier había ángeles y santos con las vestiduras en vuelo o mártires como Catalina de Alejandría esposada, encadenada, pálida y ojerosa debido a sus bárbaros tormentos que procuraban mitigar los querubines. O santa Gertrudis, a quien pintó Nicolás Rodríguez Juárez, hacia los finales del siglo XVII, rezando ante el crucificado y en el momento de recibir el corazón de su amadísimo como recompensa. Da la impresión de que todo fuera puro sexo al revés, vuelta de tuerca de una proclama de los padres de la Iglesia: "Virgini-



dad y castidad llenan y pueblan los asientos del Paraíso." Convencidas de que la muerte era sólo un tránsito para una eternidad feliz, las monjas se esforzaban por conservarse virginales y castas; pero su naturaleza núbil solía impedirse. Las urgencias sexuales se convertían en los suplicios que Antonio de Padua combatió hasta volverse santo. La oración mental, que tanto esfuerzo reclamaba, las inducía muchas veces a imaginar perturbadoras escenas eróticas en las que ocasionalmente Satanás tomaba papel protagónico.

Padecían enfermedades somáticas, como ataques, anestias sensitivas, alteraciones de los conductos vasomotores, vómitos de sangre, estigmas, alucinaciones de vista y oído. Quizá estados de sugestión extremos. Y lo espiritual influía sobre lo físico al punto de provocar falsos embarazos, falsa preuresia y diversas secreciones. Los trabajos de Charcot, Richer y Babinski han servido para que los psicoanalis-

tas modernos lo acepten dentro de la sintomatología habitual de la histerio-epilepsia y el pitiatismo y han vuelto a la Iglesia prudente, casi escéptica. Dejó de referir sistemáticamente al demonio lo que la ciencia o la medicina no logran explicar; sin embargo, en el México de la Colonia los médicos lo atribuían a padecimientos cardíacos y los frailes lo consideraban fenómenos sobrenaturales. Por eso no resulta raro que visto como algo aterrador, y paradójicamente esperado, Lucifer esté presente en las *Vidas* que se han conservado de monjas y beatas. Y para interiorizarnos en el clima donde germinaron tales *Vidas* recordemos el nexa que se mantenía con los confesores, sustitutos de padres, hermanos, amigos, esposos, única figura masculina al alcance de las tribulaciones, receptor de pormenores espirituales y urgencias eróticas, confidente de anhelos e imperfecciones. Acostumbradas a obedecer dentro y fuera del convento esas mujeres depositaban sus voluntades en manos ajenas para que las modelaran como cera blanda. Ellos actuaban ocasionalmente a la manera de los psicoanalistas actuales. Equivocados a veces, atinados otras, vigorizaban su misión escuchando a sus penitentes con el absoluto convencimiento de que conducían hasta las plantas de Dios una oveja de su rebaño. Hay una lista enorme de salvadores de almas especialistas en monjas. Entre los más célebres destacaron Núñez de Miranda o fray Bartolomé de Ita, arcediano de la Catedral. Un gran número ha quedado olvidado en el tiempo de la historia. Absolutamente todos aceptaban como un hecho de prestigio personal tener entre sus hijas de confesión a una monja que destacaba por sus virtudes y era venerada en su comunidad.

La Pasión solía señalarles el punto de partida, el instante proclive a sus arrebatos místicos. Cristo rey de burlas, atado, con la espalda lacerada por mil azotes, Cristo con una corona de espinas, un manto harapiiento y una vara por cetro, muerto en un calvario afrentoso. Cristo, que había padecido humillaciones redimiendo al género humano, despertaba la ternura de aquellas almas ansiosas de lo sublime y las impulsaba a imitar su ejemplo de amor y sacrificio. Por eso, cuando debían narrar los incidentes de sus vidas hablaban de sus experiencias conventuales y omitían —o apenas los mencionaban— años y recuerdos seculares. Ellas mismas no atinaban a explicarse sus milagros y predicciones, con los cuales causaban mayor asombro en sus contemporáneos del que causaban las hazañas poco difundidas de algunos frailes que llegaban caminando hasta la Alta California.

Al conocer una de estas *Vidas* aisladamente, el lector moderno podría tomarla como un caso peculiar. No lo era para los lectores de la época, acostumbrados a oír de monjas y beatas que vivían y morían en olor de santidad y nos legaron sus memorias escritas en estilo barroco, por los confesores que las guiaron, poseían una escolaridad que les permitía estructurar las obras y se tornaban sus biógrafos, aprovechando, encareciendo o censurando lo que ellas habían redactado o les habían dicho en conversaciones minuciosas y dilatadas. ◇